en vuestras conciencias. No me tiene tanto puesto en espanto, -dixo el hermitaño-, la muerte del rey Amadís, como los grandes y demasiados sentimientos que en vosotros veo. ¿No sabéis lo que se escribe en el *Eclesiástico*, que *todas las cosas que de tierra son criadas en tierra se han de tornar*? Ca no ay mayor equidad que la cosa por la causa que es fecha por ella se desfaga, según la natura ligeramente se buelve a su natural principio. Pues como naturalmente seamos todos tierra, naturalmente a ella nos tornamos; ningún sentimiento luego devemos tomar de aquellas cosas que tan naturalmente van encadenadas. ¿No veis la culebra que sale de la cueva y a ella se torna a acoger? Assí es el hombre en esta vida, que sale de la cueva que es el vientre de su madre y anda en este mundo amargo, lleno de lágrimas, cuanto bive, y cuando muere, acójese a la cueva de la muerte que es la tierra donde avía salido. Pues como todos seamos deudores de la muerte sin tiempo y con tal condición entramos en la vida, no nos devemos entristecer por los que mueren ni alegrar por los que biven, porque los unos han cumplido la natural deuda que devían, los otros sin duda la han de pagar, y la vida que les queda es tan incierta y cargada de angustias, que más nos devemos alegrar con los muertos que passaron ya aquel amargoso tormento que esperavan, que con los bivos pues lo tienen de passar. ¡O, ceguedad mundana!, ¿no vedes que es cosa desigual e injusta el siervo no fazer de coraçón la voluntad de su señor, cuando Dios nos llama que d'esta vida passemos a la muerte? ¿Por qué nos entristecemos? ¿Por qué lo no cumplimos y como contumazes sirvientes con tristeza ir a la presencia del Señor? ¿Cómo esperamos d'él ser bien recebidos, al cual con mala voluntad nos presentamos? ¿No sabéis que aquél que por llamamiento de nuestro señor Jesucristo se passa d'esta vida, que el tal con salmos, preces y oraciones debe ser llevado al sepulcro, teniendo esperança en la resurreción de los muertos, y no con llantos, lágrimas, ni sospiros, que parece no aver confiança en la misericordia de Dios, ni en la resurreción de los defuntos? (cap. clxvi, f. cxcvii).

7. AMADÍS DE GRECIA

(IX libro amadisiano)
de Feliciano de Silva
(1530)

por
Emilio Sales Dasí

TESTIMONIOS

[1] Cuenca, Cristóbal Francés (a costa de Anastasio de Salcedo, mercader de libros), 1530 (8 de enero) [→]

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: nº 1426. **ESTUDIOS**: Cravens (1976) y Eisenberg (1982). **GUÍA DE LECTURA**: Laspuertas (2000).

[2] Burgos, Juan de Junta, 1535
[3] Sevilla, Herederos de Juan Cromberger, 1542 (27 de junio)
[4] Sevilla, Jacome Cromberger, 1549
[5] Medina del Campo, Francisco del Canto (a costa de Benito Boyer), 1564 (12 de abril)
[6] Valencia, Compañía de impresores, 1582
[7] Lisboa, Simon Lopez, 1596

TEXTOS

1. Amadís de Grecia como virtuoso caballero pagano

El cavallero de la Ardiente Espada, después que al rey libró y d'él se despidió, por el camino por do havía venido se tornó, aunque algo apartado d'él como ya oistes. Él iva llagado, mas no tanto que le estorvasse mucho, y lo que más le fatigava era no saber la tierra ni adónde podía curarse, porque la tierra era del reino de Tarso y temía ser conocido en las armas. Assí anduvo el día todo. [...] Yendo de la forma que oís, vio venir por el mesmo camino detrás de sí un hombre a pie, y parecióle venir reboçado, mas no era assí, que cuando más cerca fue, vio que eran las barvas, y sus cabellos largos y muy blancos eran, tanto como nieve. El cavallero fue espantado de ver hombre anciano y blanco en aquella tierra, y pensó ser algún captivo del señor del castillo. Él le saludó en su lengua, y el hombre anciano a él en lenguaje griego. El cavallero, que bien entendía aquel lenguaje y otros muchos, le dixo en el mismo lenguaje:

-Viejo honrado, ¿sabríadesme dezir dónde pudiesse ser curado de algunas llagas que traigo que fuesse cerca de aquí?

-Si vós fuéssedes cristiano como yo, yo os diría lo que pedís.

-Amigo, -dixo él-, aunque no lo sea, lo devéis de hazer, porque la virtud no se pierde doquier que se haga, pues haziéndose no puede dexar de ser virtud; assí que si en vós la ay, ruégoos que me digáis lo que os pregunto, pues haziéndola en vós queda y no comigo; y pues sois más obligado a vós que a nadie, no dexéis de hazer bien pudiéndolo hazer, que los dioses no son estimados sino por el bien que d'ellos se espera y en ellos ay, assí que aunque no seáis de su ley, no dexáis de semejalles en lo bueno, que otro tanto haré yo de lo que bien me pareciere de vuestro dios aunque soy pagano, que la virtud doquiera que esté parece bien, pues por ella los hombres vemos ser estimados.

Y el viejo le dixo:

-Cavallero, vós dezís verdad, y por lo que os he oído hablar bien hallaréis en mí más de lo que pedís. (I, cap. viii, ff. vi^{r}-vii^{v}).

2. El enamoramiento de Niquea

En esta sazón començó a bolar tanto por el mundo la fama de los grandes fechos del Cavallero de la Ardiente Espada que no se fablava en otra cosa sino en su hermosura y grandes hazañas. Busendo iva con todas estas nuevas a Niquea, y fue tan pagada d'él por las sus nuevas que no se hartava de oír fablar d'él, tanto que Busendo muchas vezes le dezía:

-¡Ay, mi señora, qué dichoso cavallero es éste! Ora no tengo tanto lo que d'él se dize pues ya sus hechos son tan bien pagados en favorecellos vós, tanto que tengo por fe que me avéis de olvidar por él.

-Busendo, -dezía Niquea-, no pensé yo que te tenías tú en tan poco que pensasses que por otro te tenía yo de dexar.

Assí passaron algunos días, la infanta Niquea estando tan pagada del Cavallero de la Ardiente Espada que nunca lo apartava del pensamiento. En este tiempo Zirfea, reina de Árgenes, embió a su hermano el Soldán pintado en un pergamino sacado al natural todo lo passado en el Castillo de las Siete Guardas, con todos los hechos que el Caballero de la Espada allí hizo cuando fue desencantado el emperador e Lisuarte. El soldán holgó mucho con aquella historia, porque con su saber la reina lo hizo tan al natural como si propiamente ellos fueran. E por dar plazer a su fija embióle la historia para que la viesse. La princesa, como viesse pintado aquél de quien ella tantas nuevas avía oído, súbitamente sintió en su coraçón ser rasgado de la dulce flecha de amor, tanto que sin ninguna color quedó en el rostro. El soldá[n], su padre, que tal la vio, tomándola en sus braços, le dixo:

-Mi fija, Niquea, ¿qué sentís? ¿qué tal estáis?

Turbada ella, aviendo vergüença, bolvió más colorada que de primero. Dixo:

-Mi señor, diome un dolor súbito en el coraçón que pensé morir. Mas ya, gracias a nuestros dioses, me hallo buena. Suplíco's, señor, me deis essa historia para que después la vea, que agora con mi mal no pude bien gozar d'ella.

El soldán dixo que assí se fiziesse, y muy inocente del mal de su hija se fue. Niquea, después de su padre ido, se metió en su cámara, y pensó con tanto cuidado en el Cavallero de la Ardiente Espada que, no pudiendo apartar su imagen de su memoria, començó a dezir:

-Cuitada de ti, Niquea, pues tan forçada avías de ser y constreñida de las fuerças del amor poniéndote por remedio sola la muerte, pues te conviene por ella passar ante[s] que descubrir tu coraçón.

Con esto andava tan triste que todos pensavan que estava enferma. El mayor consuelo que tenía era quedándose sola en su cámara, desembolver la historia y contemplar en él su amigo. (II, cap. xxiii, f. cxiv^v).

3. La extraordinaria hermosura de Niquea determina su reclusión

Dize la historia que Zirfea, reina de Árgenes, ovo dos hermanos, el uno fue Soldán de Babilonia, de quien la historia fizo mención que murió sobre Constantinopla. El otro fue Soldán de Niquea, el cual fue casado con una hija del Rey de Tebas estremada en hermosura, la cual de un vientre parió un hijo y una hija. La reina murió del parto. El soldán puso nombre al infante Anastarax, y a la infanta Niquea, que salieron tan estremados en fermosura que en su tiempo no ovo otros; mas principalmente la infanta Niquea, que tanto floresció en fermosura que más persona celestial que humana parecía, porque en su tiempo, ni antes ni después, nunca donzella con gran parte a la su fermosura le igualó. Como estos infantes nacieron, la reina de Árgenes escrivió a su hermano una carta embiándole aconsejar que pusiesse a Niquea en parte donde, hasta que se casase, de nadie que varón fuesse pudiesse ser vista, porque su hermosura sería tanta, que tenía pensado que ninguno la podría ver que no muriesse o enloqueciesse, y que según la honra que ella por sus artes hallava que avía de ser por esta doncella puesto su linaje, que creía que

el dios Júpiter avía de abaxar del cielo a casar con ella, pues no fallavan que hombre mortal la pudiesse merecer. El soldán, su padre, como vio la carta de su hermana, puso a su hija en una torre con amas que la criassen, con pena de muerte a cualquiera que la viesse. Ya que Niquea era de hedad de doze años, el soldán, su padre, se maravillava viendo su gran hermosura, y tomándola entre sus braços, besándola muchas vezes, dezía:

-¡O, mi fija Niquea, cuán bien andante ha de ser aquél que de ti mereciere gozar! Pluguiera a los dioses que si yo no fuera tu padre, que con solas armas y cavallo me fizieran de ti merced, y yo la tuviera a más que en ser señor del señorío que tengo.

Y tenía el soldán razón de lo dezir, porque sin dubda ninguna la princesa Niquea, allende de su gran fermosura, era tan acabada en gracia y discreción que a todas las del mundo excedía. (II, cap. xxiii, ff. cxiii^{r}-cxiv^{v}).

4. La exótica y suntuosa llegada a la corte de Zahara y su séquito

El domingo, muy de mañana, todos aquellos reyes y príncipes y todos los preciados cavalleros se levantaron vestidos tan ricamente que no tenían precio, porque les dixeron que ya la reina Zahara venía. Cavalgando todos en cavallos ricamente guarnidos, salieron fuera de la ciudad y a poco trecho encontraron a la reina Zahara de la suerte que oiréis. Venían, delante d'ella y todas sus mugeres, veinte y cuatro donzellas con instrumentos tan estraños y dulces que estraña cosa era el ruido que hazían con su dulce melodía. Estas veinte y cuatro venían de chamete indio bordadas sus ropas de oro, eran tan largas que por todas partes de las bestias en que venían arrastravan. Eran todas estas mugeres negras e de buenas faiciones, y en toda la compaña que la reina Zahara traía, que passavan de quinientas mugeres, no avía otras que negras fuessen. Venían cavalleras en bestias a manera de dromedarios tan negras como si de azavache fechas fueran. Luego, tras estas mugeres, venían dozientas mugeres con arcos muy fuertes, los palos d'ellos dorados e las cuerdas bermejas, con ricas armas armadas, con ropas encima de chamete verde, bordadas de oro e con muchas perlas, ceñidas con cordones indios doblados todos de flechas; las testas doradas, todas eran muy fermosas, e las cabeças desarmadas, fechos encima de sus mismos cabellos muy ruvios unos rollos cogidos por cima de las orejas con unas redes de plata, pobladas de mucha argentería, con çarcillos de oro colgando de las orejas de tanto valor que no tenían precio. Venían cavalgando en muy hermosos unicornios con muy ricas guarniciones. [...] Tras ellas venía la fermosa reina Zahara armada toda de unas armas que no tenían precio, porque todas venían sembradas de perlas y piedras de gran valor. Traía sobre ella una ropa de madexas de oro, pobladas de mucho aljófar, tan larg[a] que hasta los pies del gran unicornio en que venía arrastrava, el cual traía una guarnición a manera de paramentos de la misma suerte. El cuerno del unicornio venía todo sembrado de perlas y piedras muy resplandescientes. Ella traía los sus muy hermosos cabellos sueltos, con una corona encima de tanta pedrería que a todos quitava la vista. (II, cap. lii, f. cxliii^{v}).

5. La metamorfosis de Urganda como asunto festivo

Ya que acabavan de comer, estando todos con gran solaz, oyeron gran rebuelta y bozes en la ciudad y no

tardó mucho que antes que ellos pudiessen saber qué fuesse, cuando por la sala, dando grandes gritos, muchos entraron y, tras los que venían huyendo, entró una serpiente, la más fiera y espantosa que nunca se vio, porque de sus ojos salían dos llamas; al parecer hazía tan gran ruido con sus fuertes silvos y alas, batiéndolas por todas partes, que la gran sala fazía tremer. Todos cuantos en la sala estavan andavan con grande estruendo y temor buscando por do salir. Las infantas y princesas se abraçaron, como sin sentido, de espanto y la emperatriz con el emperador. Lisuarte y Perión, como la serpiente vieron, derrocados los mantos en los braços, por todas partes la fueron acometer, mas ella les dava con su cola a su salvo tales golpes que, sin la poder herir, los derrocava muchas vezes en tierra y no les dava lugar a levantar, cuando ya los tornava a derribar. D'esta suerte andavan todos con ella sin la poder herir. La batalla era muy mirada por los que en la sala estavan, aunque con gran temor muchos de los que allí estavan quisieran huir, mas no era en su mano poderse mover. Lisuarte, viendo que no podía herilla y que ella no hazía sino derriballo en tierra, con gran saña de sí mismo se juntó tan presto con ella que la sierpe no le pudo dar con la cola y él le fue a dar con su espada por medio d'ambas orejas, las cuales más que de dos adargas tenía, pensándole hazer la cabeça dos partes, mas como la mano alçó, sintióse en ella dar tal golpe como que con palo le diesse, que la espada le saltó de la mano. Y como esto fue hecho, la s[e]rpiente se tornó una dueña vieja, con unos tocados largos y un cordón en la mano, vestida de paños negros, la cual le dixo:

-¿Qué es esso cavallero? Teneos un poco. ¿Así queréis ofender las mugeres tan vuestras servidoras como yo?

Luego de todos fue conocida, que sabed que era Urganda, que siempre acostumbrava venir con tales maneras de espanto como ya otras vezes en esta gran historia avéis oído. Todos quedaron con gran risa y plazer de ver el engaño que les avía hecho. El emperador se levantó a ella y, travándola del braço con mucha risa y amor, le dixo:

-¿Qué venida á sido ésta, mi buena señora?

Ella, besándole las manos, le dixo:

-No supe con qué regozijar tan grande fiesta y alegría como en esta noche se faze, como en venir yo a gozar de vuestro plazer. (II, cap. iv, f. cxvii[r]).

6. La prodigiosa construcción del Castillo del Universo

Salieron una noche todos tres los sabios, después de todos acostados, con sendos libros en las manos que la muy excelente reina les dio, y fueron a una gran puente de la ciudad que la mar batía, en una alta roca por donde el muro a la sazón se estendía en el edificio de su grandeza, que en este tiempo era de las grandes ciudades de allí. Llegad[o]s, la reina hizo un gran cerco y a cada parte d'él se pusieron en triángulo con sendas candelas encendidas, y como una pieça començaron a leer, començó tantos truenos y relámpagos y rayos, que todos los de la ciudad pensaron perecer essa noche. No tardó en venir número infinito de artífices de diversos oficios, y antes que amaneciesse hizieron una torre la más grande y hermosa que jamás se vio. Assí por de fuera como por de dentro, eran en ella siete cuadras que no tenían precio su riqueza y valor, cada una encima de otra. En la primera estava pintado con oro y azul y diversos colores todos los grandes triunfos que avían ganado los sujectos al triunfo de la diosa

Diana, y ella estava en medio de la cuadra sobre un grande carro triunfal. En la segunda cuadra estavan los triunfos de los grandes sabios y sabidores, y en el medio d'él, en otro carro triunfal, el dios Mercurio. En otra cuadra estavan los triunfos que avían ganado los fuertes guerreros romanos y griegos y troyanos con todos los otros que por armas ganaron triunfos, y en el medio d'ella otro carro triunfal del dios Mars. Sobre ella estavan los triunfos que por amores los leales amadores avían ganado, haziendo señaladas cosas en los amores, y en un carro triunfal, en medio d'él, la diosa Venus y el dios Cupido. Luego en la otra cuadra estavan pintados los triunfos de claros varones y sabios inclinados a las virtuosas artes, y en medio d'ella, en un carro triunfal sobre todos sus cavallos, acompañado de todos sus claros hijos, el dios Febo, que es el muy resplandeciente sol. Luego, tras él, estavan en otra cuadra pintados los grandes triunfos de los que fueron señaladas personas en las virtudes y magnanimidad y excelentes condiciones y grandeza; en medio d'ella, en un carro triunfal, el dios Júpiter. En la setena cuadra todos los que triunfaron y adquirieron por labrança y romper la tierra y sacar y gozar sus frutos, y en el medio d'ella un carro triunfal en que estava el dios Saturno. Todas las imágines parecían vivas, y tan propias como fueron las que representavan, las cuales tenían sus nombres encima; y los techos de la cuadra, todos estrellados de aquellas figuras celestiales sobre que más dominio tenía cada planeta de aquéllos que representavan los dioses, aquellos antiguos las quisieron aplicar. En lo más alto de toda la torre estava en el aire un mundo a manera de poma muy grande con todas las partidas, ínsulas y mares, diversidades de animales, aves y planetas, según que por sus partidas las ay. Sobre el cual estava en un carro triunfal la muerte con un arco y muchas saetas, con unas letras que de la mano le salían que dezían: *Nadie no tome sobervia con gozar su señorío, pues que en la fin todo es mío.* Sobre el mundo estava[n], de la suerte que son, los siete cielos con sus planetas y, sobre todos, el firmamento estrellado con sus doze signos. [...]

La reina dixo:

-Ahora veremos una gran cosa para dar perfeción a esta obra, y es que nombrando todos los dioses uno a uno, y nombrando aquél que tiene poder sobre todos, parecerá en su triunfal carro sobre todos los cielos y los moverá, faziendo sus influencias naturales en cada parte del universo según sus operaciones.

Luego, tomando un libro, començó por la diosa Diana, y de aí hasta todos los otros como en las cuadras estavan, conjurando en su nombre el movimiento de aquéllos y los más ninguna cosa se movieron. Entonces dixo a Alquife que fiziesse el conjuro en nombre de su dios. Entonces aquel sabio lo hizo, convocando a su movimiento el hazedor de todas las cosas, movedor de todas ellas, causa primera de todo, Dios uno en essencia y trino en personas, y Dios sobre todos los dioses; y como lo acabó de dezir, luego sobre los cielos que hemos dicho pareció un cielo muy más excelente que todos, y en un carro triunfal fue aquel padre soberano de todas las cosas, Dios verdadero, cercado de la corte angelical y bienaventurado con todos sus tronos y dominaciones, querubines y serafines, que luego, como pareció, los cielos se movieron haziendo sus influencias en cada parte del mundo como se hazían en el verdadero. La reina luego adoró a aquél que veía y renegó de sus dioses. [...] Y como esto uvo fecho, amaneció quedando tan señalada obra fecha, y luego todas aquellas visiones de espíritus artífices desaparecieron. (II, cap. lxxvi, f. clxviii^{r}).

7. Amadís de Grecia se convierte en Nereida para llegar hasta Niquea

Amadís de Grecia y el rey Gradamarte, que de Apolonia partieron de la suerte que oistes, fueron con gran gozo hasta llegar al puerto del Castillo del Infierno de Anastarax, que como allí llegaron y vieron la gran niebla de que el castillo estava cercado, mucho fueron maravillados no sabiendo lo que avía sido. Mas luego supieron el desencantamiento de Niquea y cómo avía sido por mano del rey Amadís, que ya se sabía con todo lo que avía passado, y cómo Niquea estava de la suerte que antes en la torre. Cuando Amadís de Grecia lo oyó, poco estuvo de no morir de pesar.

-¡Ay, cativo!, -dezía él-, ¡cuán poco deve mi señora de preciarme sabiendo mi covardía, y que otro alguno en cosa de su servicio me fiziesse ventaja! ¿Para qué bive en el mundo cavallero de tan poco valor y ventura como yo, pues la vida que passo con más razón se puede llamar muerte?

Gradamarte le consoló tanto, diziéndole que antes devía por ello dar gracias a los dioses en aver puesto a su señora donde con menos peligro la podía aver, pues que la Aventura de la Gloria a él no era otorgada, y que por esso no se le avía dado la gloria d'ella. Y con esto él fue algo consolado y acordaron desconocidos ir a la ciudad para saber de Busendo si aí era, para que supiesse Niquea de su venida y se diesse algún medio para la poder ver. Mas allá llegados, tampoco remedio hallaron, porque supieron que el enano avía días que aí no era. Con lo cual Amadís de Grecia pensó morir, si el rey Gradamarte no le aconsejara lo que agora oiréis, con lo cual él fue muy alegre y consolado. Y fue d'esta suerte, que entre muchos acuerdos que tomavan, si se irían aquellos grandes hechos donde todo el mundo se sonava juntar, y después que fenescidos tornar, o si devría después que allá fuesse embiar a pedir a Niquea por muger. Mas todo esto se le hazía tan tarde, que no pensava poder sostener la vida en tanta dilación, porque el que dessea ningún remedio le es medio con dilación. Assí que, pensando en muchos pensamientos, Gradamarte dixo:

-¿Sabéis, mi señor, qué he pensado que me paresce bien?

-¿Qué?, -dixo Amadís de Grecia.

Él respondió:

-Vós sois tan moço que aún barvas no tenéis, y tan estremado en hermosura cuanto todas cuantas yo he visto sois muy más, que os pongáis en hábito de donzella del traje de Sármata y habléis la lengua, y yo hazerme mercader, y sacaros he a vender al mercado en la ciudad de Niquea, diziendo que ciertos del Rey de Alexandría os prendieron con otras mugeres amazonas que <h>a hazer daño andávades. Y como os vean tan grande y estremada en hermosura, llegarán a compraros, y yo pediré tanto por vós que llegará a oídos del soldán, el cual os querrá ver y comprar, y después que seáis suya ternéis con vuestra discreción forma que vos dé el soldán a Niquea, y allá entrado no os quiero dezir más, que vós sabréis mejor lo que avéis de hazer. (II, cap. lxxxvii, f. clxxvi^{r}).